

narración oral y escenifica los ritos ancestrales andinos en los que intervienen danza y poesía, logrando configurar un verdadero producto de ruptura que sólo podrá ser entendido cabalmente con el pasar el tiempo, por otra sociedad que está en formación, según lo refleja la misma novela.

Con este análisis pretendemos indicar que Arguedas no sólo utiliza el mito «antiguo», reelaborándolo en la novela, sino que además apunta a la creación de un nuevo mito, un mito «contemporáneo», tal vez el que explique no otra humanidad pero sí otra nacionalidad: la auténtica nacionalidad peruana que el autor percibía desintegrada. Si bien el proceso de análisis probará que la división de textos hecha anteriormente, teniendo como base la distribución de la novela, es algo artificial, intentaremos aprovechar en parte esa separación y utilizar como punto de partida, al interior de *El zorro...*, los diálogos que los zorros míticos mantienen como tales, por considerar que encierran, en forma sintética y cifrada, casi la totalidad de los elementos significativos que se juegan en la obra.

No es nuestro propósito definir en su integridad *El zorro...*, ni el conjunto de los sentidos que contiene ni la totalidad de los mecanismos empleados por José María Arguedas, trabajo en gran medida cubierto por Lienhard y que cuenta con los aportes de otros valiosos investigadores, sino recuperar y juntar las voces creadoras de mitos en el pasado y en el presente y escuchar lo que nos dicen.

Los textos de Huarochirí

El zorro de arriba y el zorro de abajo irrumpen en el capítulo quinto de los manuscritos de Huarochirí como entidades míticas que ostentan la representación de sus respectivos mundos: el mundo de arriba y el mundo de abajo, los cuales en esa narración tienen una connotación geográfica que señala a la zona andina y a la zona «yunga» (o baja, identificada con regiones menos altas y con la costa).

Pero la separación en los términos opuestos y complementarios arriba/abajo (hanan y hurin, en quechua), que presentan como contraparte otra división bipartita entre lo que está a la izquierda y lo que está a la derecha (ichoq y allauca), haciendo más compleja la clasificación, alcanza en el mundo andino a otros niveles de organización. La dualidad no sólo designa una disposición del espacio físico, sino que es la base de la cosmovisión y de la organización política y social de la cultura que tuvo como eje la cordillera de los Andes y aún hoy sobrevive en muchas de sus manifestaciones. Esta división llegó a identificarse también con la diferencia entre lo masculino y lo femenino, aunque, como en otros estratos en que se aplicó, no significaba necesariamente el predominio de la mitad de arriba sobre la de abajo a pesar de ser una la subordinada.

El título de la novela no sólo apela a esos personajes míticos sino que señala con igual importancia esa división del mundo y la reactualiza en el relato, como veremos más adelante, sugiriendo que la relación dominante/dominado puede invertirse; la historia posterior a la conquista española hasta nuestros días atestigua que el predominio en diversos órdenes ha partido de lo que podríamos identificar como mundo de abajo. Los zorros, tal como aparecen en el relato mítico, tienen la función de observar y refe-

rir lo que ocurre en sus territorios, son informantes que además comentan los hechos y conocen la causa de éstos, aunque permanezca oculta para quienes los viven; son, por lo tanto, omniscientes. Ya en esta narración inmemorial los zorros se valen del diálogo y se da a entender que estos encuentros se han producido antes y se seguirán produciendo; como participantes de un diálogo, de una comunicación hablada, no se entiende la presencia de uno sin el otro y, como en todo diálogo, intercambian sus funciones: son emisores y receptores sucesivamente o, para el caso de la novela, narradores y lectores.

El capítulo V, y también el capítulo XII, tratan en conjunto la historia de dos hijos del dios Pariacaca: Huatyacuri, hijo anterior a su padre, y Tutaykire, que ejercieron dominio en la región. Estos personajes, y otros que se vinculan con ellos de diferente manera, también aparecen en *El zorro...* sobrepasando la simple mención. Intentaremos, ahora, resumir las principales circunstancias de estos relatos mitológicos que, en parte, son citadas en la novela. En tiempos antiguos, Pariacaca nació de cinco huevos en Condorcoto y el único que supo de su nacimiento fue su hijo Huatyacuri, un hombre pobre que se alimentaba sólo de papas asadas en la tierra; por aquel entonces vivía un hombre poderoso y rico, llamada Tamtañamca, que se hacía adorar como dios. Este hombre enfermó y nadie descubría el origen de su mal; sucedió que, habiéndose quedado a dormir Huatyacuri en el cerro Latausaco, llegaron los dos zorros y conversando sobre lo que ocurría en sus respectivos mundos el zorro de arriba reveló la causa de la enfermedad de Tamtañamca, información que Huatyacuri aprovechó para ofrecerse a sanarlo a cambio de desposar a su hija y de que se le rindiera culto a su padre Pariacaca. Una vez curado el enfermo y caso el hombre pobre con la hija de aquél, el otro yerno de Tamtañamca lo desafía y el relato sigue con la descripción de las pruebas en que intervienen ambos y para las cuales Huatyacuri recibe la ayuda de su padre, vencíéndolas todas; la primera competición fue beber y cantar, para la cual le sirvieron dos instrumentos y un porongo de chicha traídos por una pareja de zorros; la segunda competición consistía en «ataviarse con los mejores vestidos»; la tercera, en traer las mejores pieles de puma; la cuarta, en construir una casa en poco tiempo y luego el techo. Habiendo vencido todas las pruebas impuestas por el otro, Huatyacuri propone una más como revancha, cantar y bailar, y en el transcurso de la misma el héroe pobre lanza un alarido tal que el hombre rico se atemoriza y huye convertido en venado; a la mujer de éste Huatyacuri le impone como castigo convertirla en piedra «con sus piernas humanas y su sexo visibles» y la sitúa en una parte del camino adonde llegan los hombres de arriba y de abajo.

Citamos a continuación el fragmento del texto en que aparecen los zorros:

Mientras allí dormía, vino un zorro de la parte alta y vino también otro zorro de la parte baja; ambos se encontraron. El que vino de abajo preguntó al otro: «¿Cómo están los de arriba?». «Lo que debe estar bien, está bien —contestó el zorro— sólo un poderoso, que vive en Anchicocha, y que es también un sacro hombre que sabe de la verdad, que hace como si fuera dios, está muy enfermo. Todos los amautas han ido a descubrir la causa de la enfermedad, pero ninguno ha podido hacerlo. La causa de la enfermedad es ésta: a la parte vergonzosa de la mujer (de Tamtañamca) le entró un grano de maíz mura saltando del tostador. La mujer sacó el grano y se lo dio a comer a un hombre. Como el hombre comió el grano, se hizo culpable; por eso, desde ese tiempo, a los que pecan de ese modo, se les tiene en cuenta, y es por causa de esa

culpa que una serpiente devora las cuerdas de la bellísima casa en que vive, y un sapo de dos cabezas habita bajo la piedra del batán. Que esto es lo que consume al hombre, nadie lo sospecha». Así dijo el zorro de arriba, enseguida preguntó al otro: «¿Y los hombres de la zona de abajo están igual?». El contó otra historia: «Una mujer, hija de un sacro y poderoso jefe, casi ha muerto por causa de un aborto».

De este fragmento y de la versión reducida hecha más arriba extraemos algunos elementos significativos que retomaremos al abordar la novela. Ellos son la importancia del tema sexual y el poder mágico de la música, en las modalidades del canto y la danza. El tema sexual es enfrentado es este mito desde el punto de vista de la desviación de las normas, es su aspecto ilícito el que tiene trascendencia en el relato; la causa de la enfermedad del hombre poderoso a quien se creía dios es el adulterio de su mujer —razón por la cual dos elementos negativos de orden mágico, una serpiente y un sapo de dos cabezas, se ocultan en su casa— y la condena que Huatyacuri vencedor impone a la mujer de su contenedor es la de la prostitución, con ciertas características idolátricas. Este mismo tema, configurado como seducción, es decisivo en el capítulo XII, donde el otro hijo de Pariacaca, el jefe Tutaykire que conducía victoriosamente la expansión territorial de su pueblo, es frenado en sus conquistas por obra de la seducción de una mujer. De esta manera se explica la contención de su fuerza. Hay que anotar, además, que es detenido cuando se dirigía al mundo de abajo.

Por otro lado, aunque la música no constituye el eje del mito, como es el caso del tema sexual, se alude a su poder transformador del mundo circundante y a su conexión con la magia y, como veremos, la música tendrá estas mismas manifestaciones en la novela; por ahora, tengamos en cuenta este enunciado de la traducción del mito por el propio Arguedas: «Y cuando el hombre cantó acompañándose con el tambor del zorrino, el mundo entero se movió».

Los diálogos de los zorros

Tras la revisión de los episodios de la narración mítica contenida en los manuscritos de Huarochirí, los dos diálogos entre los zorros incluidos en la obra de una manera diferenciada respecto a los diarios y al cuerpo del relato pueden interpretarse como una continuación del encuentro ocurrido «hace dos mil quinientos años», tal como se precisa en el segundo de los diálogos. Ambos fragmentos, que dan en principio la impresión de haber sido insertados de manera forzada, participan más del género teatral que del novelesco, son una escenificación cargada de símbolos que intentaremos descifrar siguiéndolos tanto en los diarios como en el relato y sin perder de vista los mitos de Huarochirí.

El primer diálogo se inserta, sin preámbulo alguno, al terminar el *Primer Diario*.

El zorro de arriba: La Fidela preñada; sangre; se fue. El muchacho estaba confundido. También era forastero. Bajó a tu terreno.

El zorro de abajo: Un sexo desconocido confunde a éstos. Las prostitutas carajean, putean, con derecho. Lo distanciaron más al susodicho. A nadie pertenece la «zorra» de la prostituta; es del mundo de aquí, de mi terreno. Flor de fango, les dicen. En su «zorra» aparece el miedo y la confianza también.